

“La deriva adviene cada vez que no respeto el todo, y que a fuerza de parecer arrastrado aquí y allá al capricho de las ilusiones, seducciones e intimidaciones del lenguaje como un corcho sobre una ola, permanezco inmóvil haciendo eje sobre el goce intratable que me liga al texto (al mundo).”

— Roland Barthes

SILVIA GURFEIN

Artista plástica

Texto a pedido para el catalogo del festival BP15 .

De niña me tendía en el pasto, el cuerpo extendido, los ojos cerrados (o abiertos), boca arriba, pecho al cielo, e intentaba con todas mis fuerzas, con mi máxima concentración, sentir la rotación de la tierra. ¿Cómo es posible no percibirla? ¿Porqué no nos es dado sentirla? Vivimos la ilusión de la planicie y la quietud del mundo. Creemos que el movimiento es nuestra voluntad.

Entrego mi voluntad y me dejo llevar. Si me quedo quieta, el mundo se moverá. Acepto la invitación a sentarme en una combi donde recibo unos auriculares y unas instrucciones. Serán tres estaciones.

En cada traslado una voz entreteje preciosos textos y al oído nos dice *la inmensidad es el movimiento del hombre inmóvil*. Aquí el transporte se multiplica: el auto se mueve, la ajustada, perfecta música nos hace viajar, las palabras nos guían a algún lugar del pensamiento, despiertan nuevas conexiones neuronales. Un palimpsesto de audios, velocidades y visiones. En cada parada debemos estar atentos porque todo puede volverse peligroso y esa, es otra frontera móvil.

Todo se ve distinto según el sonido que lo acompaña y eso, Diana, parece saberlo bien. Y sabe también que es el cuerpo detenido, inmóvil pero agitado por micro-movimientos, el

que va a hacer esta experiencia.

Imaginemos un gigante afable y suave que no nos quiere asustar con su presencia, un King Kong compasivo, hondo y antiguo que nos toma en sus manos y nos deposita delicadamente frente a algunas escenas que será benéfico contemplar. Es tan abismal la propuesta que el manipulador no debe ser percibido.

Como en un gesto doble inverso, al modo de un suiseki*, seré la piedra para la contemplación del gigante y también, como contempladora yo misma, quien guardará en un bolsillo un guijarro que me acompañe en el recorrido y me recuerde lo táctil de la vista, el cuerpo del mirar, lo minúsculo del tiempo aquí.

En la primera estación lo que está frente a nosotros es inmenso. El río plateado que es un mar dulce, opaco y profundo. La brisa en los ojos nos hace lagrimear. Y el horizonte, esa línea aparente entre el cielo y la tierra, que borramos con los contornos de la ciudad, que olvidamos por movernos tan rápido, siempre corriendo de aquí para allá. Nos quietamos porque no hay dónde ir, porque no hace falta dónde ir. Porque ya estamos donde hay que estar. Para llegar a algún lugar sólo habrá que mirar el horizonte, esa línea aparente que separa el cielo de la tierra...

Lejos, en la segunda estación del recorrido, una pileta interior abandonada, con agua negra como espejo informe, luz que retumba en el vacío y una figura animal que cruza velozmente el hueco y desaparece en un pasadizo que sólo conocen los habitantes del destierro, los ocupantes de las cosas que dejamos derruir.

Las mansas garras nos pusieron a ras del agua, entre paredes ocre verdosas y ahora nos colocan en lo más alto, en la terraza de una torre que parece inaccesible, desde donde el mundo que habitamos se ve pequeño, donde es posible la visión panorámica de los lindes. Ya bajó el sol y las luces se constelan de colores y desde aquí es fácil amar la urbe, es fácil amar.

Escondidos, en el territorio que creemos conocer, hay vórtices que nos cambian la percepción, la velocidad, la noción de quienes somos. Nuestro tamaño y nuestro devenir. ¿Estar en el centro del remolino es estar quieto? Llévame, llévame...

* El arte japonés de contemplar piedras